

Clara Tahoces

Gothika



LITERATURA FANTÁSTICA

premio minotauro 2007

La joven Analisa llega desde Madrid en respuesta a la apremiante llamada de su tía moribunda. Una vez allí la muchacha se ve acosada por extrañas y terribles pesadillas y por un sutil mal que parece estar consumiéndola poco a poco. Un día Analisa despierta dentro de un ataúd. Junto a ella reposa su tía que parece muerta. Cuando la joven escapa y se siente a salvo descubre que algo le ha ocurrido. Y siente la aguda punzada del hambre... Madrid. Principios del siglo XX.

Alejo sabe que solamente su trabajo puede convertir su oficio vocacional, el de escritor, en el verdadero sustento de su vida. Así, mientras se gana el pan trabajando de teleoperador se documenta intensamente para la que será su gran novela. Para ello sale cada noche con Darío, el hermano de su novia, por el ambiente goth madrileño. Todo cambia el día que Alejo conoce a Ana, la mujer enigmática y fascinante que se convierte en su única obsesión.

1

Por experiencia sé que es mucho más sencillo alimentarse en las afueras de las grandes ciudades. Y Madrid no es una excepción. A las horas que salgo suele haber menos personas en la calle, lo cual facilita bastante la labor de los cazadores de la noche. Simplemente seleccionas tu alimento y lo sigues hasta que se dan las condiciones precisas para el ataque.

Aquella noche le tocó el turno a un chaval que acababa de bajarse de una moto que conducía otro chico de una edad similar a la suya. Lo lógico hubiera sido que se metiera en uno de los portales mal iluminados de aquel barrio, pero desgraciadamente para él no fue así. Continuó caminando por una de las avenidas sin saber que le seguía. Me pregunto por qué su amigo no lo dejó directamente en la puerta de su casa.

Se detuvo sólo un instante, el tiempo justo para encenderse un canuto y reanudar su camino. Llevaba unos auriculares y tarareaba muy bajito una balada de Aerosmith. Lo seguí arropada por la oscuridad. Podía haberlo atacado en aquel momento, pero decidí esperar por si algún curioso se asomaba a la ventana. Percibí que iba a cruzar un descampado. Con el tiempo había aprendido a desarrollar mi intuición como un sentido más, igual que el tacto o la vista. Infinidad de veces había comprobado que era capaz de saber ciertas cosas de manera asombrosa, sin hacer ningún esfuerzo. Esperé un poco más, acechando a mi presa sin pri-

sa, esperando el instante justo para atacar. Ese tiempo llegaría cuando mi intuición lo ordenase, no antes.

Cuando pensé que era la oportunidad apropiada me acerqué por detrás. Es mucho mejor sorprender a las presas por la espalda, sobre todo si son grandes. De este modo apenas tienen tiempo de reaccionar y cuando quieren darse cuenta ya es demasiado tarde.

El ataque debe ser limpio y preciso, pero sobre todo... fulminante. El canuto se le había apagado y tuvo que detenerse en medio del descampado para sacar el mechero. Mientras agachaba la cabeza para extraerlo de uno de sus bolsillos, me abalancé sobre él con mi pañuelo, ya convertido en improvisada soga y apreté con fuerza para impedir que se moviera. Aun así, pataleó un poco. Siempre lo hacen. Se llama instinto de supervivencia. Pero mi posición era mucho más aventajada que la suya. Lo tenía bien agarrado. Era mi comida y no iba a permitir que se zafase.

Sentí cómo las venas de su cuello se iban hinchando. Se había puesto rojo como un tomate y luchaba desesperadamente por soltarse. Infeliz. No se daba cuenta de que también yo ejercía mi instinto de supervivencia. Pronto dejó de patalear. Estaba inconsciente. Si hubiera seguido apretando, habría muerto. Siempre me ha maravillado la facilidad con la que es posible poner fin a la vida de alguien. Nueve meses dentro de la panza de su madre para acabar muriendo en apenas nueve segundos.

Ya en el suelo, me guardé el pañuelo hasta la siguiente ocasión e hincé con avidez mis dientes en su yugular. Su sangre estaba caliente y entraba a borbotones en mi garganta. Es sublime, embriagador. Algo que un humano jamás podrá apreciar. Bebí y bebí hasta saciar mi sed, hasta que la euforia me dijo que había que parar. Demasiada sangre puede producir una extraña sensación de mareo haciéndonos perder, por unos instantes, el contacto con la realidad. Es un instante peligroso en el que podemos olvidarnos de dónde estamos, quiénes somos y hacia dónde

debemos ir. ¿No son ésas las grandes preguntas que siempre se ha formulado la humanidad? Es entonces cuando hay que parar, abandonar el cuerpo y huir. Si no respetásemos esta regla, en alguna ocasión terminaríamos siendo capturados o destruidos.

Curiosamente, nunca fue tan fácil como ahora obtener sangre fresca con la que saciar mi sed. Cada período histórico ha tenido para mí sus ventajas e inconvenientes. En otros tiempos, un crimen como el que acababa de cometer no hubiese supuesto ninguna clase de investigación por parte de las autoridades. Sin embargo, en contraposición, las supersticiones sobre seres como yo habrían dificultado mucho el hallazgo de víctimas disponibles. Eran pocos los que se atrevían a vagar por las calles pasadas las horas de luz, lo que frecuentemente me obligaba a internarme en casas particulares en busca de la ansiada sangre. Por otra parte, la población tampoco era tan numerosa y a veces debíamos conformarnos sólo con las sobras.

Sin embargo, en el presente las supersticiones aparentemente no existen. Por supuesto que la gente sigue creyendo en asuntos sobrenaturales, pero de otra manera más sofisticada. Han cambiado vampiros, hombres-lobo y demonios por brujas de tres al cuarto, líneas 806 y ovnis. Paradójicamente, el progreso y la tecnología se han transformado en mis mejores aliados. Mis actos constituyen a todas luces la obra de algún chalado que se cree poseído por Drácula. Estadísticamente hablando, hay tantos enfermos o más que aseguran ser el conde Drácula como Napoleón.

Mientras pensaba en ello, todavía inclinada sobre el cuerpo del joven, saqué una gran jeringuilla y extraje la mayor cantidad de sangre que pude de sus venas. Llené con precisión una bolsa entera. A fin de cuentas, no todas las noches eran tan propicias como ésta y había que prevenir la llegada de las horas bajas. Ésta era una práctica habitual desde que después de la Primera Guerra Mundial la tecnología me había facilitado la posibilidad de congelar mis bo-

tines. Nadie mejor que yo conocía la horrible sensación que se experimentaba cuando no tenía nada que llevarme a la boca. Cuando no veía claro el desenlace de una de mis actuaciones prefería abstenerme. Éste había sido el secreto de supervivencia durante tanto tiempo.

Tras rematarlo, arrastré el cadáver hasta un montón de hojas secas y lo oculté, aunque sin entretenerme mucho. Ya se encargaría alguien de hacerlo aparecer. A fin de cuentas, todos los días se producen crímenes en las grandes ciudades.

Tenía aparcado el coche en un lugar discreto. Lo primero que hice fue introducir la bolsa con la sangre en una pequeña nevera portátil. No podía arriesgarme a que se estropeará. Después, sólo tuve que conducir tranquilamente hasta mi refugio.

Había vivido en muchos lugares, pero ninguno tan confortable como mi actual hogar, un sitio discreto provisto de toda suerte de comodidades. Por necesidad soy nómada. Con el tiempo me di cuenta de que no era aconsejable permanecer mucho tiempo en una misma ciudad. Aquél era un riesgo al que no debía exponerme.

Antes de acostarme, ya con tranquilidad, ingerí más sangre. No había quedado saciada por completo. Era importante hacerlo. De otro modo, al día siguiente estaría demasiado débil para cazar. Por fin me acurrugué en la cama y me sumí en un sueño profundo. No hay nada más agradable que ese momento, cuando por fin te sabes alimentada y a resguardo de posibles miradas indiscretas. Mi último pensamiento consciente, como otras tantas noches desde hacía muchos años, fue para tía Emersinda. «¡Maldita hija de puta!», susurré antes de caer vencida por completo.

2

Analisa no pudo contener un gritito de sorpresa al leer la escueta nota. Hacía años que no sabía nada de tía Emersinda y de pronto los acontecimientos se precipitaban. La nota no aclaraba gran cosa y el cochero que la portaba tampoco sabía mucho más al respecto. Al interrogarle, todavía en el umbral de la puerta, sólo explicó que no trabajaba para ella. Únicamente le habían pagado para llevar aquel mensaje urgente y trasladar a Analisa de vuelta, en caso de que accediera a realizar el viaje, hasta la casa de su tía, en las afueras de Estepa. Doña Emersinda era una mujer muy acaudalada y su doncella le había pagado a cuenta una sustanciosa cantidad por cumplir con este cometido sin hacer demasiadas preguntas.

—¿Vendrá conmigo, señorita? Se nos echará la noche encima y los caminos no son buenos.

Al parecer, aquel hombre de aspecto desaliñado se sentía tan incómodo con aquella situación como la propia joven. Aunque se dio toda la prisa que pudo, había sido un viaje largo, tortuoso y agotador. Deseaba ver cumplido su cometido y regresar junto a su familia lo antes posible.

Analisa se quedó en silencio un momento. No supo qué responder. Tantos años de mutismo y ahora todo era premura. Aquél era un viaje de muchos días y tampoco sabía muy bien lo que se encontraría. ¿Cómo podía estar segura de que aquel hombre decía la verdad? ¿Y si no lo había enviado su tía? ¿Y si todo era una estratagema para apartarla de Madrid y hacerle algún daño?

Pedro —así se llamaba el hombre— advirtió una sombra de turbación en su rostro.

—Su doncella me dio esto —se apresuró a decir mientras extraía de uno de los bolsillos de su raída casaca un pequeño saquito de terciopelo verde—. Me pidió que se lo entregase como prueba de que lo que digo es cierto.

Analisa lo asió con cuidado. En su interior había un objeto que le resultaba vagamente familiar. Era un camafeo con la efigie de tía Emersinda tallada en ónice. Era un regalo que el padre de Analisa había hecho a su hermana muchos años atrás, antes de que dejaran de tratarse. Era la última moda a mediados del siglo XVIII. La joven se sorprendió de que aún lo conservara.

Releyó la nota una vez más. La caligrafía se le antojó temblorosa aunque recta, monótona y picuda. Y la rúbrica, enmarañada. Apenas se distinguía la inicial de su nombre.

Querida sobrina:

La vida se me escapa. Eres mi única familia y la soledad me corroe. Necesito tenerte a mi lado unos días. En este mundo sólo me quedas tú. Ven a mí y te haré inmensamente rica.

Con cariño,

E.

—¿Sabe si se encuentra enferma?

—No. Ya se lo expliqué. Sólo traté con la doncella. La señora vive muy apartada del pueblo. Ella no pisa por allí.

—Pase un momento a la cocina —sugirió Analisa—. María le dará algo de sopa caliente y pan. Después échese una cabezada. Mientras, haré los preparativos para el viaje.

Había tomado la decisión de acompañarlo. Aunque desconocía los motivos por los cuales su padre había perdido el contacto con su hermana, era obvio que tía Emersinda necesitaba ayuda. No podía dejarla en la estacada. Nunca se lo perdonaría.

El viaje no pudo ser más desagradable. Al frío cortante de aquel desapacible mes de septiembre se sumaba la posibilidad, nada despreciable, de ser asaltados por bandoleros en cualquier momento. Esta molesta idea planeó sobre su cabeza durante los diez días que duró el trayecto. Tuvo mucho tiempo para pensar e incluso para arrepentirse de aquella precipitada decisión. Sin embargo, cuando le abordaban este tipo de pensamientos se acordaba de tía Emersinda. La imaginaba desvalida y demacrada, postrada en una cama, víctima de alguna terrible enfermedad que le iba consumiendo poco a poco la vida. Llegó a imaginarse una sombría llegada en la que su doncella le comunicaba que el tedioso viaje había resultado en balde porque tía Emersinda, finalmente, había fallecido.

Se detuvieron lo justo. Era necesario que los caballos pudieran descansar y alimentarse de cuando en cuando, y también tenía que hacerlo el propio cochero, quien a medida que avanzaban los días tenía peor aspecto como consecuencia de las escasas horas de descanso. Además, las circunstancias les obligaban a parar en lugares poco recomendables para una joven de su porte. Pero no quedaba otra solución, así que Analisa decidió que era mejor resignarse ante el frío y los escasos y correosos alimentos de las posadas. Aun así, no podía evitar sentirse amenazada y en constante tensión. De hecho, sólo pudo relajarse una vez que, por fin, divisaron el gran caserón de tía Emersinda.

Pasaban pocos minutos de las nueve de la mañana cuando el carruaje se detuvo frente a la puerta principal de su extensa propiedad. El tiempo parecía haberse detenido en aquel lugar. Estaba tal y como Analisa lo recordaba, aunque las imágenes que acudían a su memoria eran vagas y difusas. Sólo era una niña cuando lo visitó por última vez. Sin embargo, no advirtió cambios apreciables, al menos en el exterior. El jardín continuaba igual de desangelado.

Patro, la doncella, estaba sobre aviso de su llegada. Tía Emersinda le había comunicado que posiblemente su sobri-

na llegaría un día de éstos, por lo que había hecho acopio de leche, pan y huevos. Les instó a entrar sigilosamente. La señora se encontraba descansando en esos momentos y no deseaba ser molestada hasta pasado el mediodía.

Analisa entró sin hacer ruido seguida del cochero. Aunque, debido a las dimensiones del lugar, era improbable que pudiese oírlos, no quería perturbar su descanso. La doncella condujo a Analisa hasta la sala de estar y pidió a Pedro que la siguiera para abonarle los reales restantes por su encargo. Se lo había ganado con creces. El hombre, visiblemente impaciente por marcharse cuanto antes, rehusó el desayuno que le ofreció la doncella. Se limitó a cobrar y, después de despedirse, desapareció rápidamente por donde había venido.

Patro era una mujer de mediana edad, ruda y parca en palabras. Tan sólo se limitó a servirle el desayuno y a preparar el agua para que pudiese darse un baño caliente después del largo y penoso viaje. Tras conducirla a una de las habitaciones, se dispuso a cerrar la puerta para continuar con sus tareas cotidianas.

—¡Espere un momento! —espetó Analisa, viendo que se iba sin ofrecer ninguna explicación—. ¿Cuándo podré ver a la señora?

—No lo sé. Supongo que se despertará por la tarde.

—¿Pero, qué le ocurre exactamente? ¿Qué mal le aqueja? —preguntó Analisa, desconcertada—. La nota que me envió no aclaraba nada.

—No sabría qué contestarle, señorita Analisa —su rostro denotaba que ella también lo ignoraba—. Tiene un mal muy grande que le impide caminar y, al parecer, dormir bien por las noches. Yo sólo me acerco aquí por las mañanas y apenas me cruzo con ella. Me hace saber lo que desea por escrito. Luego, en el pueblo, mi sobrino, el Candi, me hace entender lo que quiere que haga. No sé leer —confesó bajando la mirada.

No quise herir sus sentimientos. Era evidente que la mujer se avergonzaba de su analfabetismo.

—Bueno, ¿y qué se supone que debo hacer hasta ese momento?

—No lo sé, señorita. Esperaba que usted pudiese descifrar la nota que encontré esta mañana en el aparador del salón —contestó apresurándose a sacar un papel arrugado que había guardado en el bolsillo del delantal.

Analisa lo tomó intrigada. Era la misma caligrafía temblorosa.

Mi querida sobrina:

Si llegas mientras estoy reposando, aprovecha tú para hacer lo mismo. Estarás cansada después de un viaje tan tedioso. Me reuniré contigo a partir de las cuatro. Pídele a Patro cuanto necesites; ella te lo proporcionará. Espero que te sientas como en tu casa.

E.

Advirtió que Patro la miraba expectante, quizá aguardando alguna nueva orden que cumplir.

—Todo está bien, Patro. Puede retirarse y continuar con lo que hacía.

A la expectación de volver a encontrarse con su tía se sumó el desconcierto de darse cuenta de que Emersinda no parecía una mujer agonizante. Durante el viaje se había trazado una imagen de tía Emersinda muy diferente a la de la mujer que ahora tenía ante sí. Si bien era evidente que para desplazarse necesitaba el concurso de una aparatosa silla de ruedas, no lo era menos que, a pesar de los años transcurridos, físicamente la recordaba casi igual. ¿Qué edad tendría ahora? El tiempo no había contribuido a conferirle una imagen decrepita, ni mucho menos propia de encontrarse al

borde de la muerte. Pero también era posible que sus distorsionados recuerdos de niñez la engañaran.

Tía Emersinda pareció adivinar sus pensamientos.

—Querida, pareces sorprendida. ¿No te alegras de verme?

—Claro que sí. Es sólo que...

—¿...Suponías que ibas a encontrar algo diferente?

—La nota parecía muy apremiante y yo te veo prácticamente igual que hace años.

—No dejes que mi físico te confunda —contestó esbozando una leve sonrisa—. Lo cierto es que me estoy muriendo. Los médicos no han dejado una puerta abierta a la esperanza. Me consumo día a día.

Parecía difícil de creer. Era evidente que se había arreglado para la ocasión. Se había maquillado y perfumado en exceso. Aun así, apostaba que, si se desprendía de la peluca que cubría su cabeza, su cabellera no mostraría demasiadas canas.

Analisa no pudo decir nada. Cuando se disponía a hacerlo, tía Emersinda sufrió un fuerte ataque de tos y una convulsión que la obligó a echarse para adelante. Su sobrina temió que fuese a caerse de la silla de ruedas. Con un gesto, pues no podía articular palabra, señaló la mesilla de noche. Analisa se dirigió rápidamente hasta ella y cogió una botellita recubierta de plata labrada. ¿Se referiría a eso? Se lo acercó. Emersinda lo tomó como si le fuera la vida en ello. Lo destapó e ingirió ávidamente un sorbo. Permaneció unos segundos en silencio intentando recuperar el resuello, que a la joven se le hicieron interminables. No le extrañó que le costara respirar en un ambiente tan cargado. Las ventanas estaban cerradas y las cortinas, echadas. La atmósfera en la habitación era sencillamente impura.

—No sé qué sería de mí sin el láudano.

Después de este episodio, a Analisa ya no le quedaron dudas de que su tía se encontraba aquejada de un grave mal.

—¡Zorra asquerosa! ¡Ojalá te pudras en el infierno! —gritó Analisa despertando súbitamente.

¿Es que no podía dejarla en paz ni en sueños? Siempre lo mismo. Durante años su recuerdo la había perseguido como una ingente sombra sin forma. Cada vez que encontraba un momento de tranquilidad, se presentaba haciendo de su vida una pesadilla.

Analisa tenía hambre. Se incorporó y miró el reloj. Era un poco pronto para salir, no tanto por la luz como por la hora. Con el paso de los años había descubierto que la luz no era un grave problema. La curiosidad le había permitido desterrar un buen número de mitos en torno a los seres como ella. Con todo, las cuatro de la tarde no parecía una hora apropiada para lanzarse a la calle en busca de víctimas.

Era cierto que las criaturas como Analisa «funcionan» mejor de noche, pero la luz, en contra de la creencia popular, no contribuye a acabar con ellos. Sin embargo, sólo quienes se han aventurado a arriesgarse más de lo recomendable son partícipes de este gran secreto de vida. Analisa lo había descubierto hacía años cuando, después de la transformación, se vio abocada a tocar un crucifijo por error. Al ver que no le ocurría nada, atesoró el valor suficiente para acariciarlo; así fue como descubrió que resultaba inocuo. Dicha revelación fue la piedra de toque para iniciar otras temibles experiencias, como la «prueba de la luz». Pero ¿por qué ocurría esto? ¿Se había producido una mutación en la especie o aquellos mitos eran sólo producto de un temor ancestral que les impedía ahondar en sus propias raíces? Analisa no conocía las respuestas.

3

Alejo se sentía descorazonado. La entrevista con el editor había sido un completo desastre. Al parecer, sólo estaba interesado en libros por encargo.

—Escribes bien, pero de momento sólo necesitamos el libro de cocina para solteros.

—Yo no sé gran cosa sobre cocina —repuso Alejo, alucinado por aquella insólita propuesta. ¿Qué coño tenía que ver aquello con el esquema de novela que le había enviado hacía una semana?—. No veo claro que pueda escribir un libro de esas características.

—Eso mismo dijiste cuando te encargamos *El jardinero en casa* y mira qué bien quedó. Hasta mi mujer se lo ha leído —explicó resuelto Juan Montalvo, director editorial de Editamos.

—¿Y qué hay de mi novela?

Montalvo se tomó un segundo antes de responder. No quería ofenderle, pero Editamos no publicaría nunca una novela de esas características. No sabía cómo explicarle que a su historia le faltaba interés. Aquello era, sin duda, lo peor que se le podría decir a un autor.

—Deberías trabajar un poco más la idea: darle un par de vueltas; cambiarla, si es preciso. No digo que esté mal, pero le falta emoción, fuerza. El tema no engancha lo suficiente. Si no somos capaces de atrapar al lector en la primera página, Editamos no puede arriesgarse a publicarla —dijo al fin—. Pero eso no significa que no puedas hacer-

nos otras propuestas. Y, por supuesto, contamos contigo para el libro de cocina.

«Hay que joderse», pensó Alejo. Y se lo decía precisamente a él, que apenas sabía freír un huevo. La cocina le importaba un rábano, igual que la jardinería. Había publicado *El jardinero en casa* bajo pseudónimo. No quería que la gente le asociara a ese tipo de libros. Estaban bien para especialistas, pero no era su caso. Pensaba que, cuando finalmente consiguiese publicar algo decente, no lo tomarían en serio. De hecho, si Montalvo había consentido en publicar su libro con un pseudónimo probablemente era porque la firma de Alejo Espinal no valía un pimiento.

Tal vez Montalvo estaba en lo cierto. Ya había intentado probar suerte en otras editoriales y siempre obtuvo la llamada por respuesta. Era consciente de que no resultaba sencillo publicar en España. Si no conocías a alguien dentro de la editorial, lo normal era que tu proyecto acabase en la papelera. Ni siquiera se molestaban en leerlo; no había tiempo para ello.

Al menos Montalvo le escuchó cuando le envió su primera novela, aún inédita. Cuando tres años atrás le citó en su despacho no cabía en sí de júbilo. Se convenció de que estaba interesado en editar su novela sobre piratas. Sin embargo, la decepción se hizo patente cuando Montalvo le indicó que necesitaban a alguien como él para sacar adelante algunos proyectos de otra índole. *Bricolaje para todos* había sido su primer libro con Editamos. A éste le seguirían *Crea tu propio botiquín* y, finalmente, *El jardinero en casa*. Tres largos años de trabajo intenso y no había escrito una sola línea que hubiese nacido de su corazón.

Libro tras libro, siempre albergó la secreta esperanza de «colar» alguno de sus propios proyectos, pero esta nueva propuesta confirmaba sus más oscuros temores.

Mientras se dirigía a la boca del metro se preguntó si alguna vez se convertiría en un escritor de verdad. Para él, un escritor no era alguien que simplemente escribía por encar-